

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 6 DE MARZO DE 1922

Nº 28

Infusión de sangre en el organismo político

POR R. BRENES MESÉN

Las doctrinas democráticas han rebajado las normas éticas de la política. El pueblo, careciendo de discernimiento propio, no puede elegir por sí a sus gobernantes, sino votar por uno u otro de los candidatos que les ofrecen los pescadores de río revuelto. Los hacedores de presidentes por esas tierras suelen ser gentes a quienes falta elevación moral para considerar en primer término el bien público, a la hora de elegir un posible candidato. No organizan partidos de principios, si hacemos excepción del escaso grupo de los clericales que sí tienen noción clara de lo que debe ser un gobierno ultramontano: absorción de las libres actividades del estado por la iglesia. Los partidos personales son los únicos que medran durante el furor de seis meses que permite la ley para la discusión eleccionaria. Los programas que con tal motivo se elaboran se lanzan sin lealtad, sin fe, mirando más al éxito pasajero de la hora que al bienestar público. Esta falta de fe, esta profesional duplicidad es lo que se llama poseer talento político; el prometer a unos y a otros la satisfacción de sus ambiciones, a sabiendas de que será imposible cumplir lo prometido es el tacto político que atrae amigos, es decir, votantes, entre los cuales se hace la cosecha de los enemigos durante el primer año de gobierno. Este formar grupos personales para traspasar, a la manera de hatos, a otros grupos más tarde, a veces a tanto por cabeza; este desatentado mentir y calumniar, de suerte que cuando el presidente llega a la mansión presidencial ya no le reconocería ni la misma madre, tan desfigurada ha sido su persona durante el debate político; este profundo desinterés por los negocios públicos desde un punto de vista generoso, por el bien de la cosa pública misma; este repentino ascenso de la plebe, la cual no puede mantenerse en alto por la falta de virtud y de ciencia; todo esto que a primera vista parece irremediable, tiene un antídoto que, si usado con moderación, con sabiduría, habrá de mejorar en gran parte la situación

presente, para dejar tan sólo aquellos males que son inherentes a la democracia. Ese remedio es la infusión de sangre nueva en el organismo político: la intervención de la mujer en la política. Pero entiéndase que no es política el arte de engañar a las muchedumbres, sino la ciencia del gobierno de los hombres en vista de una elevada evolución integral humana.

Hay mujeres que dicen que su lugar es el hogar y no la plaza pública. Pues a esta clase de mujeres hay que responder que si quieren conservar sano, bello y sólido el hogar, es preciso que se interesen en la política, porque de otra suerte no hay esperanza de que con las presentes prácticas plebeyocráticas se conserve puro y próspero el hogar. En el hogar vienen a cerrar sus curvas todas las disposiciones legislativas. Nada que se relacione con las finanzas: impuestos, presupuestos, empréstitos, deja de tener elocuente respuesta en el hogar de todos los ciudadanos. Nada que diga relación con la paz y la guerra deja de tener una importancia de vida o muerte para el hogar. Todas las obras de fomento, desde los ferrocarriles hasta las mínimas reparaciones de los edificios públicos repercuten en una u otra forma en el seno del hogar. Toda la legislación de orden moral tiene por blanco la estabilidad del hogar. La civilización entera descansa sobre esa roca:

el hogar, y quien dice hogar ha nombrado a la mujer.

La cooperación de la mujer no sólo es cosa de desear, sino de necesidad imperiosa. Un grupo selecto de mujeres que hayan construido hogar, que hayan conocido las tremendas luchas indispensables para conservarlo incólume, con más las nociones elementales de la manera como otros pueblos van resolviendo esos mismos o parecidos problemas, podría infundir una nueva corriente de vida sana en la política de esos países.

La juventud no merece fe. Parece correr tras el éxito fácil. Pregunta por los senderos de travesía para alcanzar el éxito, no por las obras sólidas que pudiera realizar para merecer la distinción de sus semejantes, no por el empinado, cruento y oscuro camino de la gloria, la perdurable que no sabrían dar los efímeros diarios. La juventud no merecerá fe mientras no se organice sobre bases permanentes, en vista de fines próximos y también distantes. Organización que constituya un cuerpo pensante, resuelto a la acción y al sacrificio, valeroso sin temeridad, que ffe en el principio de la cooperación, en vez de estarse apretando diariamente para las luchas de competencia contra sus camaradas de ayer, que oponga al veterinario principio de la lucha por la vida con que se nutrió nuestra juventud la organización cooperativa para la vida. Aquello era brutal, esto es humano. Y que no deje ahogarse la voz de su yo profundo en el engañoso tumulto del pasajero aplauso.

Syracuse, N. Y. 1922.

Flaubert o el obrero de la idea

POR AZORIN

GUSTAVO Flaubert simboliza, para el mundo estético moderno, el amor a las letras, puro, desinteresado. Por encima de todo está la belleza. La misma Justicia no es más que una forma superior a la belleza. El artista—lo más innecesario en la sociedad—es lo más útil que pueden poseer las sociedades. No hay libros morales o inmorales; hay sencillamente libros bien escritos y libros mal escritos. No es fácil que un economista, un economista a la

antigua (no, por ejemplo, un Charles Gide), advierta y comprenda toda la trascendencia y la utilidad del factor espiritual, puramente espiritual, en la propulsión del progreso. Y sin embargo, la raíz de la economía—lo ha demostrado el fino y espiritual Gide—es el espíritu.

La cultura, ¿es anterior o posterior al bienestar material? No lo sabemos; se pueden defender las dos tesis. Naturalmente, un hombre de letras, un